

Salmo 37:5-7 Caemmerer

Sermón para el Segundo Domingo de Adviento Richard C. Caemmerer

En el Adviento, esperen con paciencia

⁵Encomienda a Jehovah tu camino;
confía en él, y él hará.

⁶El exhibirá tu justicia como la luz,
y tu derecho como el mediodía.

⁷Calla delante de Jehovah,
y espera en él.

No te alteres con motivo de los que prosperan en su camino,
por el hombre que hace maldades. Salmo 37:5-7

En el Adviento nosotros de la iglesia cristiana nos ayudamos unos a otros a aprender mejor a esperar la venida de Cristo. Él vino hace mucho tiempo en forma de un ser humano, y entre más que hablamos acerca de hacer preparativas para la Navidad, menos sentimos que todavía estamos esperando que algo suceda. Pero Cristo viene otra vez; para esto realmente estamos esperando. Y necesitamos a Cristo, su reinado, su Espíritu, en cada momento de nuestras vidas; esa necesidad nos anima a esperar su venida. Porque con “esperar” debemos querer decir más que el hecho de que algo que necesitamos todavía no ha sucedido. Debe significar que anhelamos con toda la fe de poseer las grandes y buenas cosas que se nos vienen con la venida de Jesucristo. Los resumimos la semana pasada con la palabra “rescate”, ayuda. Esta noche los hermosos versículos del Salmo 37 deben ayudarnos a reconocer que este esperar necesita la cualidad de paciencia, de perdurar.

I

Espera con paciencia. “Calla delante de Jehovah, y espera en él”, canta el salmista. Hablamos de un esperar que está lleno de fe y confianza: “Encomienda a Jehovah tu camino; confía en él, y él hará”. La paciencia, unida a tal confianza, significa que la confianza no termina. El escritor a los Hebreos en sus grandes capítulos 11 y 12 acerca de la fe cristiana la describe como una carrera, una competencia de perdurar en donde lo importante no es llegar primero sino lograr terminar, y seguir esforzándose hasta cruzar la línea final. “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” pregunta Jesús en la gran parábola acerca de orar con persistencia. La fe es un don de Dios y una cosa maravillosa; pero lo importante es que no termine.

Vivimos en un mundo impaciente en el cual la gente contrae úlceras por tener demasiado prisa, y prospera la industria de los tranquilizantes. La impaciencia destruye nuestras relaciones uno

con el otro al hacernos irritables y egoístas. Pero cuando la fe pierde su cualidad de paciencia, sucede algo mucho peor. Porque eso quiere decir que estamos diciendo: Debo creer que Dios me está cuidando, pero no me parece que está trabajando. Debo confiar en Dios por todo lo que necesito, pero lo que describen como las cosas importantes que Dios puede dar — su favor y justicia, su amor y bondad — no significan nada para mí a menos que se conviertan en salud, prosperidad y comodidad. He estado contando con Dios para que me ayude, pero creo que ya me voy a dar por vencido.”

¿Ven lo que está sucediendo? Nuestra relación primaria con Dios como nuestro Padre está en peligro; estamos diciendo, con nuestra impaciencia hacia Dios, que Dios es demasiado pequeño o demasiado tacaño, demasiado distante e indiferente o demasiado imaginario e irreal para darnos ayuda real cuando la necesitamos. La impaciencia envenena nuestra fe hacia Dios. Al hacer lugar para los mecanismos de la murmuración, la envidia, las acusaciones y las quejas en nuestras vidas, estamos bajando una cortina contra Dios, estamos apagando la corriente de poder que entra desde afuera y comenzamos a iluminar nuestras vidas frotando las piezas de madera de nuestras quejas para hacer fuego.

Así necesitamos reconocer el poder de Dios, el amor de Dios, las garantías de Dios. “El hará”. ¿Cómo sabemos que lo hará? Porque ya lo ha hecho. Esta es la extraña doble puerta del Adviento; mira hacia el futuro, y mira atrás, al mismo momento. Busca crecer en paciencia para perdurar hasta la segunda venida de Cristo, y propone limpiar el corazón para una meditación limpia y gozosa sobre la encarnación de Cristo hace casi 2000 años. Porque esa fue la acción de Dios por la cual dijo: Yo he hecho. Jesús llamó a sí mismo la Verdad; eso quiere decir, aquel en quien ha aparecido la fidelidad de Dios hacia el mundo. Al refrescar en nuestros corazones la escena y la acción de aquella fidelidad, Dios dando a su propio Hijo por todos nosotros, encontramos el poder directamente de Dios para mantener viva y activa nuestra fe. Porque en Cristo Dios nos dijo: “No voy a abandonar el trabajo no importa cómo parezcan a ustedes las cosas. Ya he probado el amor que tengo para ustedes, ya he hecho lo necesario para rescatarlos; nada debe hacerles creer que no me importan.

II

Esperen con paciencia, decimos. Pero no olvidemos la anverso: Sean pacientes, pero esperando. El cristiano mejor y más probado puede caer en la tentación de imaginar que la paciencia es sencillamente la resignación — confesar que Dios es más grande que nosotros, retirarse a un estupor de falta de acción con

la esperanza de que quedan adelante tiempos buenos, y llamar esto la fe. Pero eso solamente es una forma de queja sin ruido.

No, nuestra paciencia y perdurar tiene que ser un esperar, y esperar es siempre esperar algo y a alguien; de otro modo es solamente un sentarse. Esperamos la respuesta de Dios, el rescate de Dios, la palabra de Dios en Cristo, el don de Dios ahora, la liberación final de Dios algún día cuando él lo determine. Es por eso que el esperar del Adviento siempre es al mismo tiempo la anticipación de una fe más firme y un mayor reconocimiento de la presencia y la misericordia de Dios mañana y el rescate final en una vida totalmente diferente.

Esta clase de esperar no es sencillamente evidente en sí mismo. ¿Por qué es que la anticipación de la Navidad y la fe del Adviento parecen ser más fuertes en los niños que en los adultos? No porque son más insensatos sino porque están pasando por las grandes experiencias de los himnos y los ensayos por primera vez. El desgaste de la repetición, el amontonarse de los cuidados y las responsabilidades neutralizan el brillo de la expectación al hacernos más grandes de edad. Esto es solamente una ilustración de la manera en la cual la vida tiende a acortar nuestra visión del futuro para llevarnos al presente, sea bueno o malo.

El adviento es practicar el esperar el nuevo siglo de Dios, el esperar que anticipa el don final de Dios. Porque Dios entregó a su Hijo por nuestros pecados y lo levantó para nuestra justicia para que nosotros viviéramos en una fidelidad que se transforma en nuevas responsabilidades en el mundo venidero; nuestro perdurar obstaculizado se convierte en un perdurar perfecto. Ya vivimos en el siglo y el mundo de Dios, somos ciudadanos del cielo desde nuestro bautismo en la muerte y resurrección de Jesucristo. Pero anhelamos el amanecer de aquel gran mundo nuevo en que la cualidad parcial del presente, la mezcla de carne y espíritu, ceda al gobierno ilimitado del Espíritu. Jesús nos dice que tenemos señales de guerra y desastre en todos lados para recordarnos que éste no es el sistema final de Dios; ése queda aún adelante — ¡perdura en la fe! O mejor, en las palabras de nuestro salmo: “Calla delante de Jehovah, y espera en él”. Fíjense: no sean solamente pacientes, sino esperen pacientemente a él. Es como esperar en el aeropuerto para recibir a un querido amigo. Jesús usó una imagen mejor: ¡Es como esperar el día de tu boda!